

Sainz Cardona. **Sarjam** : **Vocablo en lengua aymara que significa ándate**. *En: OSAL : Observatorio Social de América Latina. Año 6 no. 16 (jun. 2005-)*. Buenos Aires : CLACSO, 2005- . -- ISSN 1515-3282

Disponible en:<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal16/D16Cardona.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

[Vocablo en lengua aymara que significa ándate]

Jorge A. Sainz Cardona*

* *PhD, docente titular
de la Universidad Mayor
de San Andrés,
La Paz, Bolivia.
Integrante
del Grupo de Trabajo
de Desarrollo Urbano
de CLACSO.*

Hoy más que nunca asistimos a la práctica de la ciudad como socio-espacio, es decir, al reconocimiento del ser humano como un ser espacial; o, como lo plantea José Luis Cuervo, "a la espacialidad como una categoría esencial del ser" (Cuervo y González, 1997: 85).

En la actualidad es necesario introducirnos en la estructura elemental del espacio avanzando más allá de la representación euclidiana, en la que priman la neutralidad y homogeneidad del mismo. Es en esta perspectiva que planteamos analizar la múltiple configuración espacial que sucede en El Alto de La Paz. La representación de la organización territorial del espacio en El Alto se mantiene en base a conceptos del modernismo y se superpone con la configuración imaginaria del *espacio andino* a través de los siguientes cuatro conceptos.

El *Jatha*, unidad tetraléctica andina que dinamiza cuatro ordenamientos: territorial, producción-económica, cultural-ritual y socio-político. El *Ayllu*, comunidad o sistema

organizativo multisectorial y multifacético, que siendo un espacio territorial unitario se desdobra en dos parcialidades. El *Marka*, o territorio del pueblo. Y el *Suyu*, región andina o forma de organización territorial a través de espacio cordillerano. "La falta de uno o más de estos elementos es la desarmonía de los factores del ayllu o el *vivir mal* en sufrimiento y pobreza como está ocurriendo actualmente" (Yampara, 2001: 72).

Asimismo, esta configuración espacial contiene también una cultura que se reclama "estado" y que resistió por siglos a ser dominada. Como lo señala Xavier Albo, "el aymara es un pueblo que no acepta ser reducido a una simple categoría socio económica como *campesino*, ni socio étnica como *indio*. Un pueblo que se esfuerza para reencontrar su propia identidad, su propia expresión cultural, su profundidad histórica. Un pueblo que es testimonio privilegiado de la originalidad con que en los andes el hombre se organizó y aprendió a convivir con la naturaleza y de que los andes esperan aportar aún sus experiencias únicas a nuestro continente" (Albo, 1988: 34).

Esta realidad exige que nos apropiemos de categorías de análisis como la que plantea Henri Lefebvre cuando considera "el espacio como un elemento esencial de la vida social" (Lefebvre, 1981). Asimismo participamos de las contradicciones que se producen en este espacio o, para decirlo más claramente, de la expresión espacial de las contradicciones sociales. En este sentido es que podemos afirmar que el espacio deja de ser un "lugar de libre mercado" para ser un "lugar de luchas sociales".

El reconocimiento del otro y su otredad

En Bolivia, y en la ciudad de El Alto en particular, la relación con el "otro", distinto de sí mismo, ha sido una relación histórica de constante negación. Este hecho nació con la conquista, mutó y se prolongó de distinta manera con la República y con las distintas fases históricas que vivieron las sociedades latinoamericanas.

"La negación del otro tiene varias facetas. Por un lado las élites diferencian al otro de sí mismas y, en seguida, lo desvalorizan; proyectándolo como inferior: mujer, indio, negro, mestizo, marginal, urbano, campesino, etcétera. Por otro lado, el otro puede ser también el extranjero, percibido como amenazador de la propia identidad 'desde afuera'. Paradójicamente, las élites, si bien han negado al otro, también se han identificado con él de manera acrítica y emuladora, especialmente si ese otro es europeo o norteamericano" (Calderón y Lechner, 1998: 72).

El habitante de la ciudad de El Alto sufre una pérdida de su identidad; sin embargo lucha con una visión crítica apoyado en los distintos movimientos culturales que se manifiestan



© Pablo Vitale

tan en *su* socio-espacio. La cultura de la negación de la diferencia se constituye en un límite a la otredad y por ende a la democracia en América Latina y en Bolivia en particular, pues impide el reconocimiento de otros sujetos, sus comunidades y consecuentes reivindicaciones. Es en este sentido que se producen enfrentamientos totales y genuinos a la razón modernizante vigente.

En este contexto, la población de El Alto enfrenta las imposiciones del pensamiento de la modernidad, hoy en crisis, reclamando la identidad cultural propios de la región de La Paz y El Alto, como condición básica para superar la cultura de la negación del otro.

Nuevas orientaciones colectivas

Las nuevas prácticas colectivas en las ciudades de Bolivia vienen de la capacidad de los actores políticos y socio-culturales para impulsar críticamente una transformación que vincule democracia con modernización, que es crucial, como lo es también la fuerza de la cultura y la subjetividad que pueda movilizar a las comunidades que viven en El Alto.

En este sentido, conjuntamente con los procesos de diferenciación y transformación del perfil económico y político de la región, se vienen operando una serie de cambios en el comportamiento de los actores y en la subjetividad de las sociedades. Así es posible visualizar la gestación de una nueva subjetividad vinculada a nuevos comportamientos socio-culturales emergentes.

Se trata de nuevas prácticas colectivas asociadas tanto con los procesos de descomposición y segmentación social producidos por la crisis económica y la fase histórica anterior, como con los cambios suscitados por la modernización a escala nacional, regional e internacional. Se trata de movimientos con una fuerte carga monádica, cuyos principales rasgos están fuertemente asociados a la producción de nuevos valores e identidades culturales, centrados más en la sociabilidad y en la cotidianeidad que en el acceso al poder político, y a menudo vinculados a la resistencia a los procesos de empobrecimiento social pero también a los cambios de la sociedad moderna.

Sin embargo es fundamental reconocer que son prácticas y valores por lo general restringidos, que no alcanzan a oponerse a la lógica del poder y de la modernización, quizás tan sólo logran convivir con ella.

Pero lo paradójico y paradigmático en la actualidad es que los movimientos socio-espaciales que se producen en El Alto, con una fuerte reivindicación socioeconómica, han gestado y logrado un control popular centrado en la lucha por los recursos naturales, focalizándose particularmente en la "Guerra del Gas" que se expresa en el debate nacional actual.

“Se trata de nuevas prácticas colectivas asociadas tanto con los procesos de descomposición y segmentación social producidos por la crisis económica y la fase histórica anterior, como con los cambios suscitados por la modernización a escala nacional, regional e internacional”

Transformaciones socio-político-espaciales

La representación de los fenómenos socio-político-espaciales se manifiesta de manera genuina en los mapas. “Un mapa cumple no sólo funciones de representación de la

realidad, sino también de orientación. Usamos los mapas como 'guía de viaje': ¿dónde estamos?, ¿adónde vamos? El trayecto nos remite a la noción de tiempo. Podemos acercarnos a la dimensión temporal de la socio-política mediante dos tensiones. Por un lado, el tiempo socio-político se mueve en la tensión entre cambio y continuidad. En la sociedad moderna, volcada al futuro, la política representa la construcción del mañana. Hacer el futuro es hacer algo nuevo; en consecuencia, la política tiende a ser identificada con la innovación. Simultáneamente empero, la política ha de crear continuidad. Sólo la duración garantiza en definitiva la fuerza normativa del orden. Mientras que la política se apoya en relaciones livianas y volátiles (reconocimiento, lealtad, confianza), se espera de ella una constancia sólida. Ella ha de asegurar la persistencia y proyección de la comunidad más allá del aquí y el ahora. El difícil equilibrio entre innovación y duración se muestra en las incertidumbres de la democracia" (Calderón y Lechner, 1998: 59).

Por otro lado, la política se encuentra tensionada por la formulación de objetivos sociales y la situación de contingencia en que se toman las decisiones. De hecho, un aspecto sobresaliente de la política es la elaboración de metas que se fija una sociedad.

Sobre este trasfondo resalta el actual redimensionamiento del tiempo y su manejo político-socio-espacial. Un rasgo sobresaliente es la aceleración del tiempo. Basta pensar en la nueva revolución tecnológica, especialmente de la informática, para advertir el trastocamiento de nuestra dimensión temporal. La vida social adquiere una velocidad cada vez mayor, que descompone la estructura temporal que nos era familiar. Se debilita el concatenamiento del pasado, presente y futuro mediante el cual estructuramos el tiempo. Se va perdiendo la perspectiva histórica. Tanto el pasado como el futuro se desvanecen. El pasado retrocede a visiones míticas, citas lúdicas y evocaciones emocionales; sigue teniendo efectos de actualidad, pero ya no está disponible como experiencia práctica. La memoria todavía nutre a las identidades colectivas, pero no logra otorgarles un sentido actualizado. Paralelamente, también el futuro se diluye. Simple proyección del estado de cosas, el devenir pierde relieve y profundidad; es un acontecer plano. Sigue habiendo "tiempos nuevos", por supuesto, pero la dificultad para pensar lo nuevo, el rumbo y el sentido de los cambios en curso, parece poner en duda la noción misma de futuro. Cuando el pasado y el futuro se volatilizan, no queda sino el presente; un presente omnipresente.

Las dificultades que enfrenta el manejo socio-político-espacial del tiempo nos remiten a un desafío mayor: el problema de la conducción política. En la medida en que la política ya no elabora un horizonte de futuro capaz de encauzar la aceleración y diferenciación de la temporalidad, ¿cuál es la capacidad de conducir los procesos socio-espaciales? Aquí radica, a mi entender, un aspecto decisivo de la erosión de los códigos interpretativos. La conducción política consiste, en buena parte, precisamente en ofrecer

“mapas” que permitan orientarse de cara a las encrucijadas y elecciones que plantea el desarrollo social. El debilitamiento de la conducción política equivale a una pérdida de perspectiva. Sin perspectiva se pierden las proporciones y prioridades. El orden se contrae al aquí y al ahora. Quizás el pragmatismo actual, por meritorio que sea, no sería sino la cara oculta del deterioro de la conducción política.



© Sebastián Hacher

La reconstitución de los mapas

Los fenómenos y procesos antes mencionados plantean observar una superposición que llamamos *confin multiplicitas homotópica* para poder realizar una correcta lectura socio-político-espacial tomando en cuenta las características del mundo andino, que van más allá de los conceptos euclidianos y político-cartesianos. Al mismo tiempo detectamos una superposición no sólo en las autoridades departamentales, urbanas y provinciales, sino también en las comunidades “ayllus”, que en algunos casos ni siquiera están registradas en la cartografía de nuestro país.

Estamos ante una organización general del espacio. Por un lado, los procesos de municipalización socavan el ordenamiento tradicional del espacio geográfico. Por el otro, tam-

bién cambia el espacio social a raíz de los procesos de diferenciación funcional que, dentro de cada sociedad, provocan una mayor atomización de los distintos “subsistemas”.

Se hace entonces necesario revisar los efectos que tiene el rendimiento del territorio geográfico y del campo social y político para una reconstitución del espacio.

En primer lugar, la redefinición de las escalas. Hasta ahora, la política operaba primordialmente en escala nacional. En años recientes el doble proceso de globalización y de descentralización ha ido conformando un entramado global-local que desgarrar el marco nacional de la política. En segundo lugar, llama la atención la reestructuración de los límites. Por un lado, las fronteras se vuelven más tenues y porosas. Los flujos de migración, la rápida circulación de los climas culturales, la uniformidad relativa de modas y estilos de consumo, todo ello rompe viejas barreras. Por el otro, la globalización conlleva procesos de segmentación entre regiones y, ante todo, dentro de cada país. Un tercer elemento de cambio reside en la alteración de las distancias. En una época en que todo lo establecido entra en movimiento y se colapsan los puntos de referencia, las distancias se trastocan y son difíciles de fijar en un mapa.

Los tres rasgos, por superficiales que sean, insinúan una deconstrucción del espacio. Aunque las tendencias descritas sean demasiado contradictorias para precisar la dirección de los cambios y circunscribir el espacio emergente, ponen en evidencia la insuficiencia de los mapas en uso.

La reformulación de las coordenadas del espacio político implica al menos tres elementos. Un cambio fundamental consiste en el redimensionamiento de las escalas. Actualmente, predominan mapas de escala grande que informan minuciosamente sobre los diversos elementos en juego, lo cual permite identificar los detalles. Sin embargo, este tipo de mapas produce una “sobre información”. Un exceso de variable impide relevar los puntos significativos y establecer estrategias de mediano y largo plazo. Nos hacen falta mapas de escala pequeña, capaces de ofrecer una visión del mundo. Estos son más útiles para abarcar una realidad más y más global, trazar relaciones entre múltiples niveles y articular así dinámicas de mayor alcance; a este proceso lo llamamos justamente “confín multiplicitas homo tópica”.

Un segundo factor de reconstitución radica en la simbolización. Los mapas operan como representaciones simbólicas de la realidad que son patrimonio del mundo andino en general y de El Alto en particular. Por medio de ellas damos cuenta de “lo real” y “lo posible”. Este universo simbólico ha sido trastocado por las transformaciones en marcha. El debilitamiento del Estado como representación máxima de la vida en sociedad refleja de la manera más visible esa erosión general de los símbolos colectivos. Es mediante ellos que



© Sebastián Hacher

se despliega, de modo crucial, la pugna acerca del sentido de la democracia y de una política democrática. En la medida en que el orden democrático carece de espesor simbólico, los lazos de pertenencia e identificación con la democracia serán débiles. La reconstitución de nuestros mapas supone devolver densidad simbólica a la democracia en tanto orden colectivo; tal como se practica en el mundo andino a través de *"thaki: democracia en el ayllu"*, que es el referente histórico más importante y legitimador de la lucha anticolonial de los ayllus y comunidades indígenas contemporáneas" (Quispe, 2002: XII).

Todo mapeo descansa sobre una proyección del espacio a partir de un eje central, trabaja sobre una estructura centro-periferia que, para bien y para mal, destaca algunos puntos y margina otros. Hoy en día el enfoque habitual basado en la centralidad de la política está en entredicho. Cuando el cuestionamiento del marco nacional y el colapso del sistema bipolar se entrecruzan con los procesos de globalización, de fragmentación y de resistencia, no sólo estamos desconcertados a propósito del lugar de la política sino que tampoco sabemos bien cuáles son sus temas centrales. Las posiciones políticas parecen un collage en que distintos elementos y tendencias se yuxtaponen en variadas y precarias configuraciones caleidoscópicas. Así se destruye cualquier estrategia mínimamente consistente y duradera. Con el fin de establecer la calculabilidad política se requiere entonces elaborar una perspectiva capaz de discernir y jerarquizar asuntos de interés prioritario. Ello nos conduce a la dimensión espacio-temporal *Pacha* (concepto aymara que engloba tiempo, espacio y totalidad) que es la filosofía central del mundo andino, cuya práctica y representación se manifiesta de manera sorprendente en la ciudad de El Alto de La Paz.

La actualización de nuestras coordenadas de tiempo y espacio remite fundamentalmente a la noción de futuro. Según vimos, la aceleración del tiempo ha socavado nuestras imágenes del mañana (para no hablar del pasado mañana). Sin horizonte, lo existente se confunde con lo necesario e inhibe la producción de alternativas. Ello explica en buen grado el “retraso” de la política democrática. Incapaz de elaborar objetivos que trasciendan la inmediatez, la política queda presa de la contingencia: una elección del mal menor. Un presente omnipresente pone en duda la capacidad conductora de la política, pero no hace desaparecer la preocupación por el futuro y sigue vigente el anhelo de un mañana mejor. Este anhelo puede adoptar formas regresivas que algunos llaman diversos tipos de fundamentalismo. Nosotros pensamos que la reconstitución del mundo andino puede alimentar movimientos antipolíticos, no compatibles con un orden democrático. Pero también puede impulsar el desarrollo de la democracia; para ello necesitamos renovar nuestra noción de tiempo y espacio, en particular la perspectiva del futuro.

Sarjam

El escenario de estas luchas, contradicciones, resistencias socio-espaciales, se patentiza en El Alto de La Paz. Para poder analizar esta problemática podemos ver la experiencia de Villa Ingenio y las seis noches de horror y angustia acaecidas en octubre de 2003.

“Villa Ingenio, una comunidad llamada barrio en El Alto de La Paz, pasó a ser parte del escenario de muerte en El Alto, la misma noche del 11 de octubre, cuando el ambiente que se vivía era de extrema tensión en toda esa inmensa planicie altiplánica. Baleados muertos y heridos en Ballivián Santiago I y Santiago II, después de que fuerzas combinadas habían abierto el camino a dos carros cisternas de gasolina que estaban retenidos por la gente como parte del paro cívico vecinal alteño iniciado el 8 de octubre.

En algunas villas se había cortado la luz. Se rumoreaba que el Ejército intentaría tomar la ciudad por todas sus entradas y principalmente por Senkata (carretera a Oruro) para abrir paso a los otros carros cisternas que permanecían en el puesto de abastecimiento de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, YPFB.

A las constantes amenazas con helicópteros sobrevolando las casas mientras la gente salía a prender fogatas y levantar barricadas, se añadía el acecho de saqueadores a los negocios de los alteños. Desde distintos puntos, hombres y mujeres reportaban los sucesos a los medios de comunicación, vía teléfono, minuto a minuto.

Al mismo tiempo, desde el sector de Alto Portada hasta la Ceja –sobre la Autopista– se apagó el alumbrado público. Ese fue el inicio de la adhesión de los

vecinos de las laderas paceñas al movimiento alteño. Faltaban 15 minutos para las 23, cuando apareció Mauricio Antezana (ex vocero del Presidente) con un mensaje que en lugar de aplacar atizó más la furia de la población.

Cuanto más pasaban las horas el nerviosismo aumentaba y la población no estaba de acuerdo con las declaraciones del vocero presidencial, su único reclamo era que el presidente renuncie a su mandato. Así fueron transcurriendo las lentas horas. Mientras en La Paz la gente conciliaba el sueño y algunos chóferes esperaban en largas colas la llegada de los cisternas de gasolina, la ciudad de El Alto se había convertido en un inmenso cabildo de reuniones a cada tres esquinas, mientras seguían sonando los disparos" (*Semanario Pulso*, 2004: 29).

Al concluir este artículo nos encontramos ante una segunda versión de este proceso, más radical y decidida, orientada a la reconstitución de los mapas en base a la reivindicación del "otro" y su propia racionalidad. En el día de hoy –martes 17 de mayo– el Gobierno, en representación de un estado en crisis, se apresta a decidir sobre la Ley de Hidrocarburos.

La población alteña, estructurada en la cohesión socio-espacial que emerge de sus propias estructuras sociales que se encuentran aún vigentes, resiste la imposición de los mapas establecidos. Asimismo reclama sus orientaciones colectivas y busca transformaciones sociopolítico espaciales en base a sus estructuras originarias. Pregonaba también a las instituciones nacionales e internacionales, con la misma fuerza de siempre y la entereza de hoy, "sarjam" (que en el idioma aymara significa ándate), y despidió a la representación transnacional francesa –que administraba el servicio de agua potable–, a la española –del servicio de energía eléctrica– y a las empresas que explotan los recursos naturales –como el gas– en nuestro país.

Bibliografía

Albo, Xavier 1988 *Raíces de América: el mundo Aymara* (Madrid: Alianza).

Calderón, Fernando y Lechner, Norbert 1998 *Más allá del Estado, más allá del mercado: la democracia* (La Paz: Plural).

Cuervo, Luis M. y González, Josefina 1997 *Industria y ciudades en la era de la mundialización. Un enfoque socioespacial* (Bogotá: TM Editores).

Lefebvre, Henri 1981 *La production de l'espace* (Paris: Anthropos).

Quispe, Eliseo 2002 *Tierra y Territorio de Thaki en los Ayllus y comunidades de Ex Hacienda* (La Paz: PIEB).

Semanario Pulso 2004 "Gas: Debate Nacional" (La Paz: Ediciones Pulso SA).

Yampara, Huarachi Simón 2001 *El Ayllu y la territorialidad en los andes: una aproximación a Chamba Grande* (La Paz: Qamañpacha).